

dígnese acompañarnos durante el tránsito en el camino que en la segunda parte debemos recorrer, y probablemente se confesará vencido.

CONCLUSION.

Un cristiano ilustre de grata y melancólica memoria, que recibió la confianza de los tormentos íntimos, experimentados por un amigo suyo escéptico, escribióle, á fin de proporcionar remedio á sus males, la siguiente preciosísima carta que reproducimos como resumen fiel de nuestro libro, y acabamiento elocuente de nuestro propio pensamiento.

“Mi estimado amigo: las dificultades de la religión son como las de la ciencia; constantemente se van ofreciendo algunas nuevas. Mucho alcanza quien logra esclarecer unas pocas; para darse cuenta de todas no hay vida humana que baste. Para resolver todas las cuestiones que pueden suscitarse respecto de la Sagrada Escritura, sería indispensable conocer á fondo las len-

guas orientales: para contestar á todas las objeciones de los protestantes, convendría poder estudiar hasta en sus menores detalles la historia de la Iglesia y mejor la historia universal de los tiempos modernos. Esto sentado debe V. convenirse de que por más que hago, ha de serle imposible satisfacer á todas las dudas que para tormento de su corazon y de su alma, ha de suscitarle incesantemente su imaginacion fogaosa y animada. Por fortuna Dios no exige tanto para alcanzar la verdad y la certeza. ¿Entónces qué es lo que importa? Importa hacer en materia de religion lo que hacemos en materia de ciencia: asegurarnos de un determinado número de verdades, y dejar á los sábios el cuidado de estudiar las objeciones. Yo creo firmemente que la tierra gira, yo sé que esta doctrina ofrece sus dificultades; pero los astrónomos las explican, y dado que hoy no las explican todas, el tiempo hará lo demás. De la propia suerte podemos decir que la Biblia se halla crizada de dificultades, de las cuales algunas hace mucho tiempo que están resueltas, al paso que otras, consideradas como insolubles, han obtenido su explicacion en nuestros dias: mucho queda por resolver; mas hemos de considerar que Dios lo tiene así dispuesto para mantener el espíritu humano en es-

pectativa y á fin de poner en ejercicio la actividad humana en los siglos futuros.

«Por lo que á mí toca, despues de haber abrigado muchas dudas; despues de haber pasado largas noches de insomnio, y regado con llanto y desesperacion las almohadas de mi lecho, he asentado mi fé en un razonamiento que puede proponerse á los albañiles y á los carboneros. Héme dicho que puesto que todos los pueblos tienen una religion, buena ó mala, la religion es una necesidad universal, perpétua y por consiguiente legítima para la humanidad. Esta necesidad la ha puesto Dios en nuestro corazon, por consiguiente Dios vive obligado à satisfacerla. Resultado de esto: que ha de haber una religion verdadera. Ahora bien: entre las diferentes religiones que se comparten el dominio del mundo, ¿quién puede dudar—sin que para ello haya menester llevar á cabo estudios detenidos, ni discutir hechos—quién puede dudar, repito, que el cristianismo merece indispensable preferencia, y que es el único que conduce al hombre á su destino final? Pero dentro del cristianismo existen tres Iglesias, la protestante, la griega y la Iglesia católica, que es como si dijéramos, la anarquía, el despotismo y el órden. La eleccion na-

da tiene de difícil, y la verdad del catolicismo no ha menester demostración.

"Tal es, mi querido amigo, "el breve razonamiento por cuyo medio he penetrado en el templo de la fé, y ya en él me he visto iluminado con nuevas luces y más intensas y profundamente, merced à las pañeas interiores del cristianismo: doy este nombre à la diaria experiencia que me permite encontrar en la fé de mi infancia, toda la fé toda la luz de la edad madura, toda la santificación de mis goces domésticos, todo el consuelo que mis penas han menester. Hay en la inexplicable dulzura de mi comunión, y en las lágrimas que hace verter, una convicción poderosísima que me obliga à abrazar la cruz y à desafiar la incredulidad del mundo, eterno, aun cuando el mundo entero hubiese abjurado de Jesucristo. Más estoy muy lejos de tener que exponerme à semejante prueba, dado qué, por el contrario, esa fé en Cristo, que se representa como extinguida, conmueve profundamente al humano linage. ¿ caso ignora usted, amigo mio, hasta qué punto es amado aun el Salvador del mundo; las virtudes que suscita y los sacrificios que por amor suyo se llevan à cabo, sacrificios que solo pueden compararse con los que se realizaban en los primeros siglos de

la Iglesia. Basta con citar la juventud sacerdotal que vemos marchar todos los días à las Misiones extranjeras para morir en T:kin como murió San Cipriano y San Ireneo, y esos eclesiásticos anglicanos convertidos, que abandonan beneficios y prebendas que les producen centenares de miles de francos al año y que vienen à Paris, dónde dan lecciones, para proporcionarse los medios indispensables con que atender à las necesidades de sus esposas y de sus hijos. Nó, el catolicismo no está desprovisto ni de heroísmo en el tiempo que ha visto perecer à Monseñor de Afre; ni de elocuencia en la época en que ocupa el púlpito el R. P. Lacordaire; ni de todos los géneros de gloria y de autoridad en el siglo que ha visto expirar cristianamente à Napoleón, à Royer-Collard y Chateaubriand.

"Sí amigo mio, creo firmemente en la verdad cristiana; si ofrece objeciones, estoy seguro de que tarde ó temprano se resolverán: creo tambien que hay algunas que no se resolverán nunca por la razon sencillísima de que el cristianismo trata de las relaciones entre lo finito y lo infinito. Todo cuanto mi razon me puede exigir, es que no la obligue à prestar fé à lo absurdo, y la verdad es que no puede existir absurdo filosófico en una religion que ha satisfecho la inteli-

gencia de Descartes y de Bossuet; ni absurdo moral en una creencia que ha santificado San Vicente de Paul; ni absurdo filosófico en una interpretación de las Escrituras que contentaba el espíritu vigoroso de un Silvestre de Sacy (1).»

(1) Ozanam. *Cartas*, t. II.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

NOTA AL CAP. V DEL LIB. I.

CONTESTACIONES DADAS HACE DOSCIENTOS AÑOS A
ESTE ARGUMENTO MODERNO:
DIOS ES LA CATEGORÍA DE LO IDEAL.

1.ª *Contestacion de Bossuet.*

Díme, alma mía: ¿Cómo entiendes tú la nada, si no es por el conocimiento del sér? ¿Cómo entiendes la privacion, si no es por la forma de que priva? «¿Cómo la imperfeccion, si no es por la perfeccion de que carece? Alma mía, ¿no sabes tú que tienes una razon; pero imperfecta, pues: to que ignora, duda, se equivoca y se engaña? Más como sabe lo que es el error, si no es en virtud de la privacion de la verdad, y lo que es obscuridad y la duda, si no es en virtud de carencia de luz y de inteligencia; y finalmente lo

que es la ignorancia, si no es como privacion de saber perfecto, y lo que son en la voluntad, el desarrollo y el vicio, si no es como privacion de regla, de rectitud y de virtud? Existe pues primitivamente una inteligencia, una ciencia cierta, una verdad, una firmeza, una inflexibilidad en el bien, una regla, un órden, ántes de que exista una prescripcion de todas las cosas: en una palabra, hay una perfeccion ántes que exista una imperfeccion. Antes de todo desarreglo, es menester que haya una cosa que es en sí misma su regla, y que no pudiendo suprimirse á sí misma, no puede en manera alguna ni acabar, ni desfallecer. Hé ahí pues un ser perfecto: Dios, naturaleza perfecta y foiz... Cuando recogidos en nosotros mismos prestamos toda nuestra atencion á las ideas inmortales, de las cuales llevamos la verdad en nosotros mismos, «encontramos que lo primero que conocemos es la perfeccion, puesto que, segun hemos visto, no se conoce el defecto, sino como una falta de perfeccion.

2.^a *contestacion de Fenelon.*

«Es un hecho en mí el tener una idea precisa de lo infinito: distingo perfectamente lo que le conviene y lo que no le conviene: jamás vacilo

en concluir de él todas las propiedades de los números y de las cantidades finitas... Dadme una cosa finita tan prodigiosa como podais imaginar: disponedla de manera que á fuerza de sobrepujar toda medida sensible, se ofrezca á mi imaginacion con las condiciones de infinita: siempre para mi espíritu será finita: concibo el límite con todo y serme imposible imaginarlo. Me es imposible señalar el punto dónde se encuentra: pero sé positivamente que existe y léjos de confundirlo con lo infinito, concibo evidentemente que se halla á infinita distancia de la idea que tengo formada del infinito verdadero, Y si se me viene á hablar de lo indefinido como de un medio entre lo que es infinito y lo que es limitado, contesto que semejante indefinido nada puede significar, como no sea algo verdaderamente finito cuyos límites escapan á la imaginacion, sin escapar al juicio. En suma; todo cuanto no es precisamente lo infinito, por inmensas que sean sus dimensiones, está infinitamente léjos de parecerla.... Es cierto que yo concibo un sér infinito é infinitamente perfecto. Distingo decididamente de él todo sér de una perfeccion limitada y no me dejaré en manera alguna deslumbrar por una perfeccion indefinida que tiene un cuerpo indefinido. Por consiguiente es un

hecho y respecto de esto no me equivoco, que siempre llevo dentro de mí; siquiera sea finito, una idea que me representa una cosa infinita.

¿De dónde proviene en mí esa idea tan profundamente arraigada en mí, que me sobrepuja infinitamente, que me sorprende, que me hace desaparecer á mis propios ojos, y que me hace tangible lo infinito? De dónde procede? ¿Dónde he ido á buscarla? ¿En la nada? Canto existe finito no puede dármela, "porque lo finito no representa lo infinito" del cual difiere infinitamente. Si nada de cuanto existe finito, por grande que sea, puede darme idea del verdadero infinito; ¿podria darme la nada? No hay para que decir, pues salta á la vista, que yo no he podido darme á mí mismo, puesto que soy finito como todas las demás cosas de que puedo tener algunas ideas. Muy lejos de poder comprender que invento lo infinito, sino existe real y verdaderamente, no puedo comprender tampoco que un infinito real, fuera de mí, haya podido imprimir en mí, que soy limitado, una imagen parecida á la naturaleza infinita; es indispensable pues que la idea de lo infinito haya venido en mí de fuera de mí, y hasta me siento sorprendido de que haya podido penetrar en mi interior.

Y vuelvo á preguntar ¿de dónde me ha veni-

do esta maravillosa representacion de lo infinito, que participa de lo infinito y que en nada se parece á cosa alguna finita? Ella está en mí, es más que yo mismo, me parece todo, y yo nada. No me es posible suprimirla, ni oscurecerla, ni disminuirla, ni contradecirla. Está en mí, yo no la he puesto, la he encontrado en mí, y la he encontrado, porque estaba ya formando parte de mí, ántes de que me ocurriera buscarla. Permanece invariablemente en mí, hasta cuando no me acuerdo de ella y pienso en otras cosas. En cuéntrola siempre y cuando la busco, se me presenta frecuentemente áun cuando no la busque: No depende de mí: soy yo quien dependo de ella, Si me extravió, me llama, me corrige, rectifica mis juicios, y áun cuando la examine me es imposible corregirla, ni dudar, ni juzgar de ella, pues ella es la que de mí juzga y á mí me corrige.

"Si esto que distingo es lo infinito inmediatamente presente á mi espíritu, este infinito existe: si por el contrario no es más que una representacion de lo infinito que se imprime en mí, esta semejanza de lo infinito debe ser infinita, porque lo finito, como finito, en nada se parece á lo infinito y por consiguiente no puede ser su verdadera representacion. Importa pues que lo

que represente verdaderamente lo infinito, tenga algo de infinito para parecersele y para representarlo.

«Esta imagen de la divinidad será pues un segundo Dios semejante al primero en perfeccion infinita; más, ¿cómo será recibido y contenido en mi espíritu limitado? Además, ¿quién habrá hecho esta representación infinita de lo infinito para dármele? Se habrá hecho á sí misma? La imagen infinita de lo infinito carecerá de original que le haya servido de modelo, ni causa real que le haya producido? Dónde estamos? ¡Qué monstruoso conjunto de extravagancias! Es por lo tanto indispensable concluir manifestando decididamente «que es el sér infinitamente presente en mí, cuando le concibo, y que constituye por sí mismo la idea que tengo de él.

3.^a contestacion de Malebranche.

«Es cierto que veis lo infinito, porque de lo contrario, cuando me preguntais si existe un Dios ó un ser infinito, me dirigirais una pregunta ridicula, echando mano de una proposicion cuyos términos no comprenderiais; ya que equivaldria á preguntarme si existe un *Blictri*,

es decir, una cosa determinada sin saber lo que sea. De seguro no hay hombre que no tenga idea de Dios ó piense en lo infinito cuando pregunta «si existe.» No seria imposible hablar de lo infinito, adquirir la existencia de Dios si no tuviésemos la idea de ello.

«Considerad, sin embargo, que Dios ó lo infinito no es visible por una idea que lo represente: *Lo infinito es la idea de sí mismo. Carece de arquetipo; puede ser conocido, mas no es posible que sea hecho.* Solo las criaturas, ó tales ó cuales séres son hacedores ó visibles por medio de ideas que los representan aun antes de ser hechos. Puede verse un sol, un círculo, una casa, sin que existan realmente la casa, el círculo, ni el sol, por lo mismo que todo cuanto es finito puede contemplarse en lo infinito *que contiene las ideas inteligibles; pero lo infinito solo es dable verlo en sí mismo; puesto que nada finito puede representar lo infinito. Si se piensa en Dios, es indispensable que exista.* Un sér determinado, siquiera conocido, puede no existir. Puede verse su esencia (esencia ideal ó metafísica) sin su existencia, su idea sin él; pero no es posible ver la esencia de lo infinito sin su existencia, la idea del sér, porque el sér carece de idea que lo represente. No existe arquetipo alguno que con-

tenga toda su realidad inteligible. Es el arquetipo de sí mismo y encierra en sí el arquetipo de todos los seres.—De lo dicho podeis deducir perfectamente que la proposicion; *Existe un Dios*, es por sí misma la más clara de todas las proposiciones que afirman la existencia de alguna cosa y que es tan cierta como ésta: *Pienso, luego existo*. Tambien comprendeis perfectamente que es Dios, puesto que Dios y el sér, ó el infinito, son una sola y misma cosa.

«Los hombres presumen que pueden pensar en Dios sin que exista, porque no se paran en reflexionar que nada finito lo puede representar. Cómo pueden pensar en muchas cosas que no son, por lo mismo que las criaturas pueden ser vistas sin que existan...imaginan que acontece lo propio con lo infinito, y que se puede pensar en él sin que exista. *Y esto es precisamente lo que influye en que busquen sin reconocérlo, al que encuentran incesantemente, y que reconocieran en cuanto se reconcentraran en sí mismos y reflexionaran sobre sus ideas.*

FIN DE LOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Tomo Primero.

INDICE DE MATERIAS.

Prólogo Censura V.

A los incrédulos 1.

INTRODUCCION.

Razon y procedimiento de la composicion de este libro 7.

Razon.—Estado actual de los espíritus, relativamente à la fé.—Síntomas buenos y malos.—Necesidad de una nueva apología.—Procedimiento.—Método empleado por el autor.—Su fin,—sus medios,—su plan.—Diferencias